p. 7. 1927

LA NACION.—Domingo 4 de Setiembre

CRONICA LITERARIA

por ALONE.

"HISTORIA DE UNA OBRA PIA VICTIMA DE UNA OBRA IMPIA"

Recibimos hace tiempo, un libro que era el homenaje de un corazón profundamente religioso a la memoria de un ilustre sacerdote: hoy nos viene de la misma procedencia, otro libro que encierra la vindicación de dos muertos víctimas de una calumnia.

Para ciertas almas los sentimientos no tienen límite en esta sola vida.

Se trata aquí de una antigua historia que empieza cien años atrás, pero que sólo ahora ha recogido en sus aguas mezcla de veneno. Punto por punto, sin arte y con verdad, están relatadas sus incidencias; y de los hechos concretos, confirmados por prestigiosos testimonios (1), una conclusión y una protesta quedan, como marca de hierro.

No entraremos, ciertamente, en detalles, aunque podrían prestarse a deducciones llenas de interés y hasta de actualidad.

Son tristes y hacen poco honor a la naturaleza humana.

Si quien los ha traído a la luz y llevado al juicio público necesitara justificación, nadie dejaría de inclinarse ante estas palabras que podría pronunciar: intentó quitarle la honra a mi padre y consiguió hacer amargos y abreviar los últimos días de mi madre...

(1). D. Arturo Ureta Echazarreta, don Luis Fidel Yáñez, Defensor de Obras Pías, D. Miguel A. Varas el R. P. Falgueras S. J.

"LA VIE DE DISRAELI", por André Maurois (Gallimard)

En todos los países, la imaginación, el ingenio, el don de poesía llaman la atención y disuenan peligrosamente, pero en Inglaterra constituyen un escándalo público que se mira con ojos bíblicos y que el vulgo no perdona nunca. Es que esas cosas, esas divinas cosas, tienen la virtud condenable de romper la monotonía, el orden, la respetabilidad, y en la puritana Albión el orden es más ordenado, la respetabilidad más respetable y la monotonía más monótona que en el resto de la tierra.

Andrés Maurois, anglófilo a su manera, se ha dedicado a ponerlo de relieve.

Lo hizo con la vida de Shelley, espíritu del aire que ningún molde pudo aprisionar y que voló sobre la organización social inglesa con las alas radiosas de un arcángel expulsado. Ahora ensaya la misma canción irónica, no sin fondo de tristeza y de ternura, con la Vida de Disraëli, el judío fantástico que logró introducirse en ese mecanismo de hierro y seriedad, forzó puertas, quebró resortes y se deslizó irresistiblemente hasta el Sancta Sanctorum del poder británico.

Para marcar bien el punto de partida, Maurois recuerda el año 1290, cuando Eduardo I expulsó de la isla a los israelitas, y el pueblo errante emigró primero a Francia, después a España, y perseguido allí, quemado acá, siguió a Italia, y a través de los siglos y las maldiciones, rehizo más tarde su camino y llegó, después de la Reforma, a establecerse de nuevo en Inglaterra.

Cuando en 1748, el italiano d'Israëli se estableció en Londres, pudo prosperar en sus negocios, porque ya los ingleses se habían habituado a mirar sin horror la cara de un judío.

Era el abuelo del político.

El padre, hijo único, halló su situación material hecha y se dedicó a la lectura. Nunca tuvo otra ocupación. El espíritu ancestral reposó en él. A los trece años, produjo un poema. El viejo se alarmó. Mr. d'Israëli tenía en su despacho un dibujo de Hogarth que representaba "al poeta muriéndose de hambre"; y por el primer buque su hijo partió a estudiar la realidad en el extranjero. El viaje no resultó bien. Era la segunda mitad del siglo filosófico y el joven regresó de Francia embebido en las ideas de Rosseau, trajeado de un modo extravagante y con el cabello largo. Según el ejemplo de Emilio, "se arrojó sobre el seno de su madre derramando un torrente de lágrimas". Después contrajo matrimonio y siguió leyendo.

Maurois, posee un arte inimitable para reírse de los ingleses con simpatía. Nadie como él retrata a esos hombres tan graves, tan dignos, y sólidos por el exterior y tan puerilmente ingenuos y frescos de alma por el interior. Sus mujeres tienen siempre algo de celestial y de ridículo. La madre de Disraëli "persona naturalmente asombrada y confusa, oía con respetuoso terror las palabras, para ella ininteligibles, de sus precoces hijos y trabajaba con éxito por rizarles el pelo". En eso consistió su misión y así queda convertida en digna pareja de su bibliófilo esposo.

El joven d'Israëli (sólo más tarde juntó la partícula) no pudo entrar a Eton, como le hubiera correspondido por su fortuna. Sus padres temieron que su origen judío le acarreara padecimientos y lo pusieron en otro colegio.

Aun allí hubo de sufrir persecuciones.

Tres obstáculos se le opusieron en el camino, desde que comenzó: tu tez mate que no era el color acostumbrado en los "gentlemen" ingleses. Cuando por la claraboya del Parlamento caía un rayo de sol, todos los diputados se veían blancos y más rojos: únicamente Mr. Disraëli se ponía más amarillo. Y esto era insoportable... En seguida, su paso leve de oriental, que no es el paso firme y pesado con que los "gentlemen" británicos recorren el mundo. Por último—last, but not least—su ingenio, que no era tampoco el ingenio habitual en los "gentlemen" británicos, un ingenio hecho de imaginación rápida y de inteligencia aguda, sarcástica.

Todo lo venció el joven, gracias a la indomable y flexible energía de que estaba dotado.

Energía y flexibilidad, he ahí las dos características de su temperamento. Ellas le permitieron levantarse después de cada caída, al principio de todas las empresas. Siempre que inició algo, en las letras, en el comercio, en la sociedad, en la política, su estreno constituyó una derrota, a veces aplastadora; pero, sin desalentarse, volvió siempre a la lucha y al fin obtuvo la victoria en todas las líneas.

Para consolarse de la quiebra de un diario que quiso fundar, publicó su primera novela: "Vivian Grey", especie de autobiografía con siluetas de personajes conocidos. El libro fué muy celebrado mientras no se conocía al autor; cuando se supo que era un desconocido, la crítica social se volvió tan amarga, que el joven hubo de salir a recorrer el continente.

Estuvo en España, después en Malta.

Por todas partes lo seguía el inconveniente de su rostro oriental, su paso ligero y su fantasía de carácter. En Malta se hizo tan odioso a las guarnición, que los oficiales dejaron de invitarlo. Como desafío, el joven se paseó por la ciudad en traje andaluz, pantalón blanco, chaquetilla bordada y cinturón arco iris. La mitad de la población lo seguía, aclamándolo, y los negocios se paralizaron todo el día. Se atrevió a presentarse en esta forma ante el Gobernador, hombre altanero y frío que estalló en risas y le tomó afecto. "Los ingleses—observa con exactitud Maurois—gustan de la extravagancia por temor al aburrimiento, tan poderoso entre ellos y tan terrible."

Benjamín Disraeli, en la juventud

Disraëli no desdeñó esta enseñanza y, en vez de someterse del todo a las costumbres y los prejuicios, tanto en la sociedad como en la política, supo afrontarlos para imponerse, siempre en la medida justa, sin dar un paso más allá.

Su pasión dominante era la ambición.

No concebía la existencia sin el mando y los esfuerzos de toda su vida se orientaron hacia el puesto de Primer Ministro. En 1835 publicó una "Defensa de la Constitución Inglesa" que le abrió las puertas del Parlamento. El Duque de Wellington, jefe del partido tory, encarnación de las glorias tradicionales, pronunció palabras de aprobación y poco después una circunstancia favorable le permitió triunfar en las elecciones.

Maurois analiza magistralmente la carrera política de Disraëli y logra mantener en ese tema la misma livianura de expresión y el tono encantador de juego con que todo el libro está escrito, sin abandonar el comentario íntimo, la historia anecdótica y sentimental del personaje, tan curiosamente matizado de fantasía y sentido práctico.

El amor, por lo menos el amor-pasión, no tiene parte principal en la existencia del joven. Encontró que constituía un estorbo. Su bella figura, su elegancia, su dandysmo insolente le facilitaban las conquistas y pudo haber dejado la huella de un Byron; tenía para ello hasta la sorpresa que producía su rostro ovalado, color aceituna. Pasó por él sin detenerse. Un día, en casa de Rothschild, pidiéronle que llevara al buffet a Mrs. Wyndham Lewis, esposa de un colega en la Cámara de los Comunes. Respondió:

—¡Ah! cualquier cosa antes que esa insoportable mujer! En fin... Alah es grande...

Y marchó, como quien va al suplicio.

La insoportable mujer lo ayudó eficazmente en las elecciones y constituyóse más tarde en su "madrina parlamentaria". Cambiaron cartas llenas de amabilidad y de gratitud. Ella no tenía grande ilustración ni una elevada situación social; hablaba mucho y con excesiva franqueza; la encontraban de mal gusto, no sabía vestirse y sus muebles tenían un aire extraño. Contábase que nunca había podido entender quiénes venían primero en la historia, si los griegos o los romanos. Oyendo celebrar a Swift, pidió su dirección para invitarlo. Wyndham Lewis murió algún tiempo después. Disraëli, que había tomado afecto a su esposa, porque tenía tacto y conocía a los hombres, siguió cultivando su amistad y consultándola en sus asuntos políticos. La intimidad se hizo poco a poco más estrecha, hasta que alguien le sugirió la idea del matrimonio. A primera vista, parecía absurdo: Mrs. Wyndham Lewis tenía cuarenta y cinco años, Disraëli treinta y tres. Verdad que ella poseía más fortuna que él; pero, dada su situación, él habría podido fácilmente encontrar un partido mejor. Sin embargo, como la amistad seguía, el problema hubo de plantearse. Mrs. Wyndham Lewis resistió un tiempo: su buen sentido se oponía. Pero el buen sentido no es lo que triunfa siempre en las mujeres, ni aun entre las mujeres inglesas, ni es tampoco lo que resulta siempre mejor en la vida. El destino suele complacerse en mezclar cierta dosis de absurdo en las cosas más graves. Se casaron.

Y hay en la historia pocas novelas más románticas, más delicadas, más llenas de verdadera ternura que la del matrimonio de este joven político y escritor, de una carrera tan prodigiosa, con esa mujer doce años mayor que no tenía ninguna cualidad brillante, pero que estaba dotada de excelente juicio y que lo amaba. Disraeli desconfiaba mucho del amor en la vida práctica; con su espíritu sarcástico, alguna vez declaró que constituía el mayor inconveniente para casarse. La suerte se encargó de darle un suave desmentido. Mrs. Disraeli fué su compañera y su colaboradora abnegada, de una paciencia y de una dulzura infinitas. Se cuentan de ella rasgos heroicos. Un día, acompañando a su esposo a la Cámara, un portero cerró bruscamente la puerta y le aplastó la mano. Ella tuvo el coraje de no exhalar un grito para no perturbar al orador que debía medirse aquella tarde con sus adversarios y necesitaba toda su tranquilidad. Lo esperaba en carruaje a la salida del Parlamento, hasta altas horas de la noche; y siempre que llegaba a su casa, exhausto, herido, hallaba todo iluminado como para una fiesta y a su mujer con la cara dichosa y el ánimo dispuesto a reconfortarlo. Ella anticipó las victorias en medio de los fracasos sucesivos que señalaron sus comienzos, suavizó las asperezas que le atraían su origen, su carácter, su ingenio y, así como lo había introducido a la vida política, lo llevó de la mano hasta la cumbre deslumbradora que alcanzó en la vejez. Después de un gran triunfo, Disraeli aclamado por amigos y adversarios, rehusó las manifestaciones que le ofrecían a fin de llegar pronto a su casa a compartir su alegría con quien más profundamente vibraría en ella. Mary-Ann lo esperaba con la cena pronta y una botella de champagne. Al día siguiente, refería a una amiga, en la embriaguez del orgullo:

—Dizzy estuvo muy gentil anoche, después de la sesión del Parlamento. No quiso compartir con nadie sino con migo su victoria. Bebió el champagne que le ofrecí y me declaró que yo no era su esposa, sino su querida.

Entonces tenía 77 años.

Cuando fué nombrado, por fin, Primer Ministro y tuvo toda Inglaterra a sus pies, dieron un gran baile en el Foreing Office. Ya no tenían más que esperar. Todos sus sueños de juventud se habían realizado y sólo les quedaba saborear el cuento de las Mil y Una Noches que estaban viviendo. La sociedad inglesa, conquistada por ese afecto, los miraba con simpatía. Hasta llegaba a perdonar, por fin, a Disraeli su origen judío y su cara color mate. "Muchos—dice Maurois en una página magnífica— asociaban todavía su nombre a una confusa idea de misterio oriental; pero no para asustarse. Como una hermosa puerta árabe, traída piedra por piedra y reconstruída sobre un césped bien peinado, al cubrirse de yedras y de rosas trepadoras adquiere lentamente una gracia inglesa, mezclándose, sin disonar, con la verde armonía del conjunto, así el viejo Disraeli, cargado de virtudes, manías y prejuicios británicos, habíase convertido en adorno del Parlamento y de la sociedad; y si a veces algún transeúnte atento podía adivinar bajo las enredaderas y los sombríos ramajes la curva un poco rara de un arco o las extrañas líneas de un arabesco, la ligera disonancia no hacía sino agregar a la noble ruina un matiz apenas sensible de poesía y de poder". En esa noche del triunfo y de la suprema consagración, Mrs. Disraeli ocultaba a su marido, para no turbarlo, la noticia de un cánce que la roía; y Mr. Disraeli no había querido revelar a su esposa, para no afligirla, que sabía la noticia de ese cáncer oculto...

Esta mutua cortesía en la vejez, esta ternura prolongada que los años habían hecho más exquisita, velaron de un inexpresable amor los últimos años del político.

Murió su esposa.

El destino le entregó a él todo lo que puede dar en honores, en fortuna, triunfos y grandezas. La Reina Victoria tuvo con él preferencias únicas. Dictó la ley a Europa en el Congreso de Berlín, al lado de Bismarck. Subyugó a Gorchakof, el Ministro de Relaciones del Zar. Fundó el Imperio Británico y le dió, sin derramar una gota de sangre ni gastar un penique, mayor poderío que las guerras napoleónicas a Francia.

En el fondo, no pudo consolarse de haber perdido a su Mary-Ann y de no compartir con ella esas alegrías. Decía: **Los honores, el poder, la fortuna sirven para aumentar la felicidad, no para crearla. Sólo el afecto hace dichoso.**

Supremo quebranto del ambicioso y oración fúnebre de las grandezas exteriores.

André Maurois, que trazó para Shelley un poema alado, ha referido la Vida de Disraëli con la misma livianura e igual gracia, pero adoptando el tono y los procedimientos a la naturaleza del personaje. Se acerca más a la historia y a la biografía exactas que al romance. Menos cuadros, casi ningún diálogo: sólo aquí y allá detalles precisos, gestos visibles y esas notas íntimas que hablan a los sentidos y llegan al corazón.

Alone